

Algunos aspectos históricos y arqueológicos del Cristianismo en la Tarraconense y en las Galias

Por Pedro de Palol Salellas

A manera de gran síntesis y utilizando distintas fuentes de estudio, nos interesa señalar las diferencias y las relaciones que, a través del Pirineo oriental, han vivido desde sus más antiguos tiempos las comunidades cristianas de ambos lados de la cordillera.

Hasta el momento de la aparición de las nacionalidades románicas, que darán forma a organizaciones estatales cuya evolución llevará al Pirineo a ser frontera política, además de geográfica, por la Paz de los Pirineos de 1659, es interesante seguir cómo a través de esta cordillera se ha desarrollado la vida de los distintos grupos humanos, y cómo estas montañas han sido alternativamente pasos fáciles que permitían movimientos importantes —así el de los campos de urnas de la primera Edad del Hierro— o verdadera frontera que señala dos zonas distintas de intereses etnográficos entre los pueblos de sus laderas, entendiéndolo, no la estricta falda de la montaña, sino más amplias regiones que en el monte se unen o separan.

Nos interesa aquí únicamente señalar cómo el Cristianismo penetra y se desarrolla en estas regiones, insistiendo en los detalles diferenciales por una parte y en los unitarios por otra. En realidad, el estudio tendría que haberse iniciado por una rápida visión de la romanización en ambas regiones; puesto que, económicamente, tanto el sur de las Galias como la parte levantina de la Tarraconense viven, en tiempos romanos, dirigidas desde centros distintos y bajo imperativos económicos diferentes. Esto, de por sí, ya presupone ciertas diferencias en la propagación del Cristianismo, que se su-

perpone a una sociedad romana ya existente y como consecuencia, precisamente, de su propia vida.

Así, nuestro ensayo podría completarse con unos capítulos preliminares sobre: los caminos en la Edad del Hierro; griego e iberos, con los problemas de iberización del mediodía de las Galias; los caminos romanos; y la incursión francoalamana del siglo III. Necesidades de espacio nos han obligado a prescindir de esta parte del artículo.

La aparición del Cristianismo en la Tarraconense y en las Galias. Arqueología.

Es muy importante el análisis de la propagación del Cristianismo en nuestro suelo, en relación con los conocimientos que del mismo tenemos en Francia. Es evidente que todos los textos que nos dan noticias de su difusión en las Galias¹ están de acuerdo en explicarnos que fué más temprano en la Península donde han existido, desde más antiguo, las comunidades cristianas organizadas, más numerosas y nutridas que en Francia, como podemos rastrear en los poquísimos textos e inscripciones que de este momento poseemos. En este papel de difusión del Cristianismo en suelo hispano tienen preponderante importancia las rutas y las vías romanas, como señala acertadamente GARCÍA y VILLADA², sin que ello quiera decir precisamente la existencia de un camino desde las Galias, sino que estas vías juegan un papel únicamente en el interior de la Península, donde es evidente que tienen una influencia de primer orden en la penetración de la nueva religión hasta los confines más alejados de la Iberia; pero, en todo caso, debemos partir, no de las Galias sino de la propia costa de la Península Ibérica como demuestra con toda evidencia el mapa de dispersión de comunidades primitivas y el valor, además, de las vías fluviales hispánicas. Así,

1. GRIFFE, E.: *La Gaule Chrétienne à l'époque romaine*, I. París-Tolosa, 1947.-MALE, E.: *La fin du paganisme en Gaule*. París, 1950.

2. GARCÍA y VILLADA, Zacarías, S. J.: *Historia eclesiástica de España*, I. 1.ª parte, págs. 177 y ss.

según nuestra manera de ver, en este momento de propagación inicial del Cristianismo, los pasos pirenaicos no fueron camino de penetración de la nueva religión. El Pirineo, en este momento, está cerrado, y son los propios mercaderes, los "negotiatori transmarini", gentes de Oriente, que en la literatura contemporánea se les llama sirios³, los que, en los puertos mediterráneos donde trafican, traerán y difundirán en parte importante las nuevas creencias. Desde allí la propagación hacia el interior se explicará siguiendo las vías romanas y las rutas fluviales. La arqueología demuestra cuánto tiene de africano nuestro primer Cristianismo, y es la propia arqueología que proporciona datos que invalidan completamente la teoría de la transición del Pirineo de Norte a Sur. Un caso concreto y argumento decisivo para esta afirmación lo proporcionan los hallazgos funerarios de la necrópolis de "Mons Cellis", Montecillas, provincia de Huesca, cuyos sepulcros estaban cubiertos con laudas de mosaico a la manera africana, a pesar de estar tan cerca de la vía romana que por el paso de Canfranc y por Calagurris unía Cesaraugusta con la línea procedente de Osca y de Ilerda. De ser viable un origen gálico para nuestro Cristianismo, no se explicaría la existencia de elementos arqueológicos africanos tan cerca del Pirineo al pie de rutas oficiales y a la vez la falta absoluta de tales ejemplares en Francia. La propia basilica cementerial de "Emporion", Gerona, cerca del paso del Pertús, por donde sabemos atravesaba el Pirineo oriental la vía augusta, es de planta típicamente africana.

Esta es la posición que podemos adoptar en el estado actual de nuestros conocimientos. Quizá hallazgos nuevos puedan hacer variar las directrices y resultados de este pequeño ensayo, pero en todo caso el camino habrá sido a la inversa y habrá que pensar que, a través del Pirineo, pudieron llegar a Francia las influencias hispánicas.

La observación del mapa citado de GARCÍA y VILLADA⁴ y los restos arqueológicos que tenemos, llevan a presentar la propagación del Cristianismo en España a partir de los puertos mediterráneos de la siguiente manera: Un camino que desde Ampurias y

3. GRIFFE; cit.—SALIN, E.: *La civilisation mérovingienne*, I. París, 1950., pág. 120 y ss.

4. GARCÍA y VILLADA; cit. (v. nota 30).

siguiendo la Vía Augusta por Egara, Barcinoma hasta Tarraco, o bien partiendo de esta ciudad, penetraría hacia Cesaraugusta siguiendo el valle del Ebro por una parte, o bien por la ruta más larga Tarraco-Ilerda.

Esta misma línea fluvial explicaría la propagación hacia el Norte por Cascantum, Calagurris, etc., y la línea de camino paralela traza el resto de la expansión por Clunia, Pallantia, Astúrica, hasta el corazón de la Gallaecia, mientras que la ruta del Norte señalaría la existencia de comunidades en Carmeno, Briviesca, Poza de la Sal, Burgos, León, Astorga, Lugo, etc. Así, pues, mientras no se valore por medio de hallazgos arqueológicos un camino a la inversa partiendo de los puertos de la costa gallega; habrá que pensar que a través de la doble red, fluvial y de carreteras, desde la costa más oriental de la Tarraconense, el Cristianismo se extendió por todo el norte de la Península hasta Galicia. Otro foco de dispersión fué a través de los puertos del SE., país actualmente inhóspito, escenario de las andanzas de los siete varones apostólicos, y de allí a los grandes centros urbanos de la Bética siguiendo las rutas militares y nuevamente las fluviales, la más importante de ellas el Betis, aunque no podemos conocer la dirección de la propagación del Cristianismo en el valle de este río, existiendo siempre la posibilidad de una directa penetración fluvial desde su desembocadura hasta el corazón de la Bética.

* * *

Vemos, pues, que durante los primeros siglos del Cristianismo en su etapa inicial de propagación, la Península Ibérica mira concretamente al Mediterráneo. Es posiblemente Africa, como vamos a ver inmediatamente, la región que siembra en la Península Ibérica la nueva fe, y en este momento nuestro Pirineo se olvida por completo y, en cierta manera, es una barrera donde terminan las rutas de penetración de la nueva doctrina. En oposición a la Península Ibérica, el primitivo Cristianismo gálico fué como el romano, propagado directamente por gentes de Oriente, especialmente por griegos y sirios, y primitivamente desarrollado en el valle del Ródano⁵

5. MALB, cit., pág. 154: Fueron griegos de Éfeso los que propagaron el Cristianismo por el Ródano.

desde donde llegará, en un momento más tardío, hasta el occidente de las Galias, cerca del Pirineo. Veremos también cómo las dos Iglesias, la hispánica y la gálica, tienen su relación y sus evidentes puntos de contacto, pero no sabemos, cuando los hispanos asisten a los congresos de las Galias, qué caminos habrán utilizado para llegar allí; quizá las mismas rutas marítimas que surcaban los "negotiatori transmarini"⁶; por el contrario, debemos creer que cuando los obispos franceses asisten al Concilio de Cesaraugusta del año 380, la ruta a seguir debió de ser la militar pirenaica. A pesar de estos contactos puramente esporádicos, no tenemos señales ni restos arqueológicos que permitan hablar de relaciones más intensas entre las dos vertientes del Pirineo durante los primeros siglos del Cristianismo.

Analizando con un poco más de detalle este fenómeno, veremos que ya Roma, con su poder civil y militar, había tendido a unir las dos provincias pirenaicas que estudiamos, a pesar de mantenerlas separadas administrativamente, convirtiendo en este sentido al Pirineo en una verdadera frontera⁷. En ambas regiones se desarrolló independientemente la semilla cristiana. En todo este fenómeno de difusión, como hemos visto, el Pirineo no tuvo ningún papel, ni de frontera ni de paso entre ambas zonas. Debemos tener en cuenta que el momento inicial apostólico nos es del todo desconocido, como también toda la actividad evangélica durante el siglo I y parte del II. Pero ya desde finales de este último siglo aparecen las primeras noticias documentales sobre el Cristianismo en estas provincias romanas como un hecho independiente en ambas. Parece ser que los pocos datos que hoy tenemos nos acon-

6. SALIN; cit., pág. 163.—GRIFFE; cit.—*Fontes Hispaniae Antiquae*, XI: Sobre el comercio de época hispanovisigoda, v. PALOL, P. de: *Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo*, I: "Jarritos y patenas litúrgicos". Barcelona, 1950. Pág. 141 y ss. notas.

7. No queremos entrar en el análisis de las diferencias de profundidad, intensidad y efectividad de la romanización entre la Provenza y el Rosellón por una parte y Cataluña por la otra. Evidentemente, la parte francesa, mucho más mimada por los romanos, fué tierra escogida por ellos, especialmente la Narbonense, de la que PLINIO (*Hist. Nat.*, III, 31) dice que no es una provincia sino la propia Italia ("Agrorum cultu, virorum morumque dignatione, amplitudine opum nulli provinciarum postferenda, breviterque Italia verius quam provincia"). Creemos que podríamos presentar para ambas regiones el mismo cuadro que, de una manera extraordinariamente esquemática, hemos definido entre la Bética y la Tarraconense (v. PALOL, P. de: *Una provincia occidental de Arte Paleocristiano*, Zephyrus, II.—Idem: *Tarraco hispanovisigoda*, 1.^a parte; Tarragona, 1953).

sejan creer que fué en el valle del Ródano principalmente⁸ donde se iniciaron las primeras comunidades cristianas y que en su movimiento expansivo fueron llegando cada vez más lejos hasta la barrera pirenaica que dividía las dos provincias romanas. En la Península sucedía algo por el estilo; la expansión de las ideas cristianas desde la costa llegó hasta el Pirineo, y cuando por ambas partes se atraviesa la cordillera aparece la conciencia de penetrar en campo ajeno; es decir, si durante el Imperio existen dos provincias diferenciadas con personalidad propia, las Galias e Hispania, inmediatamente de ser creada, la Iglesia se refiere a ellas y así tenemos la Iglesia o Iglesias gálicas y las hispánicas.

El Cristianismo fué un fenómeno de rápido y total difusionismo; por tanto no podemos creer que si el Pirineo fué punto de encuentro de las corrientes de expansión desde dos centros distintos, fuese muro de separación entre ambos, por el contrario. En muchísimos casos, la Iglesia de ambas partes acudió a su hermana y vecina buscando consejos, leyes, cánones o reliquias, pidiendo ayuda para su cuerpo y aliento a su espíritu.

Tiene extraordinario interés esquematizar la evolución del Cristianismo en Francia y en España durante los primeros siglos, sin ánimo de hacer nada exhaustivo ni analítico sino aceptando y jugando con datos y soluciones dadas en investigaciones minuciosas. Los investigadores franceses postulan para su Cristianismo un origen apostólico y quieren que San Pablo, antes de ir a Hispania, pasase por las Galias, como parece desprenderse de los textos de San Jerónimo⁹; pero si prescindimos de todas estas elucubraciones historiográficas, la realidad es que no aparece citada ninguna comunidad religiosa francesa hasta el año 177 y precisamente en Lyon, en el Ródano. Sabemos que en todos los puertos fluviales y marítimos de la costa francesa (Arlés, Marsella, Narbona, Lyon, etc.) pululaba una gran cantidad de negociantes orientales, frigios y sirios principalmente. A ellos se debe la aparición del Cristianismo francés, íntimamente unido con el Oriente, como lo

8. GRIFFE; cit.: Obra que utilizamos constantemente, incluso en algunas de sus notas, y MALE, cit., pág. 154 y ss.

9. GRIFFE; cit., págs. 1 a 8.

estuvo Roma en este momento¹⁰, especialmente al apóstol San Juan, de Efeso. En el año 177, después de una persecución de cuyo relato tenemos el texto en Eusebio de CESAREA¹¹, la Iglesia de Lyon escribió una carta a Oriente relatando estos hechos y citando entre los personajes principales del grupo cristiano lionés a Pothino, que vivía todavía a pesar de sus ochenta años de edad. El Obispo Pothino, el Deseado, conoció a San Juan y se supone que era de Esmirna. Su sucesor, Ireneo, había sido discípulo de San Policarpo en Esmirna. A pesar de este estrecho y directo contacto con el Oriente, hay una serie de hechos de disciplina eclesiástica y de dogma que nos obligan a creer que los propagadores del Cristianismo en las Galias, si bien fueron orientales, estuvieron antes en contacto con Roma. Entre estos hechos que aludimos se halla la defensa que Ireneo hace de la posición del papa Víctor en la discusión sobre la fecha de celebración de la fiesta de Pascua. Parece ser que en este momento Ireneo representó a toda la Iglesia de las Galias, pues en su nombre, en el año 190, se inclinó por una solución occidental romana frente a tradiciones locales del Oriente.

Vemos, pues, que desde un principio el centro de gravedad del Cristianismo francés está en el valle del Ródano, alejado del Pirineo. Más al Occidente tenemos únicamente una inscripción extremadamente dudosa del siglo II en Narbona¹², y la tradición de la evangelización del Levante español por San Félix, discípulo de San Ireneo de Lyon, mártir por mandato de Septimio Severo, Santo que se confundió con el San Félix gerundense y africano¹³.

Si estudiamos de una manera sumaria, lo que sucedía en España en los mismos tiempos¹⁴ aparece ante nuestros ojos un panorama completamente al margen de la evolución gálica. En primer lugar la certeza de nuestra predicación apostólica nos viene probada por las propias cartas de San Pablo y por otras fuentes sobradamente conocidas. Más oscura parece ser la función de los

10. Hay que pensar que la Iglesia de Roma, hasta San Víctor (que es africano), en el año 189, escribió en griego y sus obispos son casi todos orientales. (GRIFFE; cit., pág. 11.)

11. *Hist. Eccles.*, V, I.

12. GRIFFE; cit., pág. 45, nota 69, con bibliografía.

13. BENITO, C.; GARCÍA, M.^a A.^a, y ALCAÑIZ, A.: *La primitiva iglesia de San Félix de Játiva y sus restos decorativos*; Congreso de Elche, 1948. Pág. 505 y ss.

14. V. GARCÍA Y VILLADA; cit. fundamental.

llamados "siete varones apostólicos"¹⁵, San Torcuato y sus compañeros, que, consagrados obispos en Roma por San Pedro y San Pablo, habrían predicado en el SE. español, llegando allí seguramente por mar. Es interesante el hecho histórico de la existencia en Gregorio de Tours de una leyenda parecida para explicar la propagación del Cristianismo en Francia. La Iglesia francesa, haciéndose eco de la afirmación de Inocencio I (siglo v) de que "en Italia, las Galias, España, Africa, Sicilia e islas, nadie más había fundado iglesias que los mandatarios de San Pedro y de sus sucesores"¹⁶, crea una serie de leyendas, especialmente desde Arlés, cuyo obispo Patroclés aspiraba a convertirse en metropolitano, ya que la ciudad se había transformado en el centro político y administrativo de las Galias desde que Tréveris fué abandonada por Constancio Cloro. Arlés ha dicho en este momento que San Trófimo, primer obispo de la ciudad, había sido el primer enviado de Roma a predicar en las Galias. A esta leyenda poco a poco se le añaden otras y aparecen nuevos personajes: San Paul en Narbona y Béziers; San Saturnino en Tolosa; San Marcial en Limoges, San Gaciano en Tour, San Stremonius en San Clermon, y Denis en París¹⁷; así, pues, en el siglo v se consideraba a estos personajes como enviados especiales de Roma a predicar el Cristianismo en Francia. Estas doctrinas culminan en la llamada leyenda clementina, haciendo ir a Arlés al propio San Clemente papa, sucesor de San Pedro, hacia el año 95. Es en el siglo vi y en un historiador de la talla de Gregorio de Tours que hallamos esta tradición desarrollada completamente al citar a siete varones apostólicos franceses¹⁸.

Aparte de nuestros varones apostólicos, cuya existencia histórica cae de lleno en el terreno de las meras conjeturas piadosas, la propagación del Cristianismo en la Península debió de ser más rápida y completa que en Francia. GARCÍA Y VILLADA ha utilizado con

15. GARCÍA Y VILLADA; cit., pág. 147 y ss.—VIVES, J.: *Las actas de los varones apostólicos*. Misceláneas Mohlberg, Roma, 1948.—Idem: *Vita Torquati et Comitum*. *Analecta Sacra Tarraconensia*, XX, 1947.—PALOL, P. de: *Tarraco hispanovisigoda*; cit., pág. 24 y ss.

16. MIGNE, P. L. XX, col. 552.

17. GRIFFE; cit., pág. 69.

18. V. estudio crítico en GRIFFE; cit., pág. 72 y ss.—MALE; cit., pág. 24, no cita a Daphnus (Griffe) para Vaison.

un máximum de rendimiento todas las fuentes que nos pueden aportar algún dato o indicio a ello¹⁹ sin olvidar, entre esta documentación la de origen francés, entre ella las noticias del propio San Ireneo, citado.

Desde un principio, la Iglesia española parece relacionada con Africa, mientras que la francesa late al ritmo de Roma y de Milán. Sería muy útil, y creemos que daría interesantes resultados, estudiar de una manera completa los restos arqueológicos de la iglesia del Africa Menor y los de la Península Ibérica, juntamente a los datos históricos que tenemos, lo cual podría hacer variar la visión que GARCÍA Y VILLADA nos da del romanismo integral de nuestros paleocristianos, cuando en uno de los capítulos de su magnífica obra no agota hasta el final todos los datos de las relaciones de la Iglesia hispana con Africa.

Este simple hecho puede apreciarse en la carta del obispo mártir de Cartago, San Cipriano, escrita en el año 254 a los obispos de León-Astorga y de Mérida, que le pidieron consejo sobre la conducta a seguir frente a los obispos Basíledes y Marcial, apóstatas de la persecución de Decio. La relación fué personal de nuestros prelados con el santo africano, pues fueron los obispos Félix y Sabino quienes entregaron a manos la carta de las comunidades hispanas²⁰. Usando de la misma argumentación de GARCÍA Y VILLADA²¹, podemos presentar todo este asunto de la siguiente forma: Basíledes, al ser depuesto por los obispos hispanos, acude a la autoridad del papa Esteban, que le repone en la silla episcopal; por tanto, este hecho demuestra que nuestra Iglesia, ya en el siglo III era romana; por el contrario, los demás obispos de las comunidades que se citan en la carta buscan su consejo en San Cipriano.

19. Al estudiar este investigador las relaciones de la Iglesia española con Africa y con el Oriente (ob. cit., vol. I, 1.ª parte, pág. 255 y ss.), y al citar las grandes figuras de nuestra Iglesia, no tiene en cuenta los pequeños hechos históricos y testigos arqueológicos, emigraciones, contactos comerciales, orígenes de nuestros mártires o de las reliquias que han recibido culto en España, etc., hechos que definen una atmósfera típicamente africana para nuestro Cristianismo antiguo, sin que ello signifique oposición a Roma; bien al contrario, ya que sabemos por ininidad de textos históricos cuántas veces se acude a la autoridad del Pontífice y cómo se acatan sus decisiones y órdenes. Nosotros hemos estudiado este aspecto arqueológico de nuestro Cristianismo antiguo en "Tarraco hispanovisigoda", citado.

20. GARCÍA Y VILLADA; cit. vol. I, 1.ª parte, pág. 185 y ss.—Vemos aparecer un obispo español, Sabino, en el Concilio de Arlés del año 314. (GARCÍA Y VILLADA; cit., pág. 180.)

21. Idem, pág. 216.

que declara justa la deposición frente a lo dictado por el Papa. Es decir, si se busca por una parte la decisión de Roma como autoridad suprema, la costumbre adquirida por el origen y por el prestigio hace acudir a la Iglesia española a sus primitivas fuentes africanas.

En este momento de relaciones un poco difíciles entre Cartago y Roma por el problema de la rebautización de los herejes convertidos, San Cipriano interviene en los asuntos de Arlés del mismo año, contra los novacianos que, en una posición de intransigencia, se oponían al perdón de los apóstatas o "lapsi" de la persecución de Decio y a su reingreso en el seno de la Iglesia. Un concilio de Roma reafirmó esta posición y excomulgó a Novaciano, como lo había hecho en el año anterior (251) otro en Cartago, convocado por San Cipriano. Entre los partidarios de la intransigencia estaba el obispo de Arlés, Marciano²².

Así, pues, sin relacionar las dos Iglesias, pero para un mismo asunto de disciplina eclesiástica, el norte de Africa, Cartago concretamente en la persona de su preclaro obispo San Cipriano, interviene en Hispania y en las Galias en este papel de tutor general de la Iglesia católica que su extraordinaria personalidad le confirió, incluso existiendo el Papado al que apoyó siempre, pues si en el asunto hispánico San Cipriano no está de acuerdo con el Papa, en las decisiones del concilio de Arlés es el más ferviente apoyo de la Santa Sede.

* * *

Pocos datos tenemos de las Iglesias durante los tiempos anteriores a las grandes persecuciones de Diocleciano. En este momento la Iglesia de las Galias fué mucho más afortunada que la hispánica. Allí, donde la persecución de Decio fué poco importante dado el reducido desarrollo de las comunidades cristianas, nuevamente bajo Diocleciano y por voluntad del César Constancio Cloro la persecución fué benigna, concretándose a destruir algunas iglesias, según testimonio de Lactancio²³; el propio Gregorio de TOURS fecha du-

22. GRIFFE; cit., pág. 52.

23. LACTANCIO: *De mortibus persecutorum*, XV.—La obra citada de MALE podía inducir a creer lo contrario al citarnos abundantes mártires franceses en distintas ocasiones, si los textos no fueran tan explícitos.

rante la invasión francoalamana la muerte de algunos fieles de la región de Auvergne y Gevaudan²⁴, en lugar de hacerlos víctimas de las persecuciones de Diocleciano

No creemos que sea necesario hablar de estas persecuciones en nuestro suelo. Los textos de Prudencio, entre otros datos, son por demás elocuentes de la saña con que los edictos del emperador fueron cumplidos y llevados a la práctica.

Como consecuencia de la benignidad impuesta por Constancio Cloro, el Cristianismo francés se vió falto de mártires y de reliquias, y tendió a buscarlos en Italia y en España amén del Oriente, entrando en contacto con nuestros mártires, a los que se rindió culto en Francia²⁵. Es posible que de este momento datase el culto en Narbona del mártir gerundense San Félix, el africano²⁶, aunque sólo podamos fecharlo con seguridad a partir del siglo v. Asimismo se ha pensado que el culto al mártir Vicente de Agen es un desdoblamiento del famoso mártir de Zaragoza y se conocen basílicas y reliquias en Francia de otro San Vicente, el valenciano²⁷.

En un sentido a la inversa nuestros escritores se ocupan de los santos franceses, algunas veces convirtiéndolos en mártires de la persecución, como sucede con San Paul de Narbona, en el texto de Prudencio: "*Surget et Paulo speciosa Narbo*".

Si en este momento la Iglesia de las Galias se asoma al Pirineo para buscar santos a quienes dedicar su culto, aprende también aquí la disciplina de la Iglesia española dictada en el concilio de Elvira. Un claro reflejo del mismo son los cánones del concilio de Arlés del año 314 contra los donatistas, al que asistieron seis obispos españoles: los de Mérida, Osuna, Baza, Tarragona, Zaragoza y de otra ciudad llamada Bética²⁸. No es difícil explicarnos estas influencias hispánicas en las órdenes de disciplina interna de este

24. GREG. DE TOURS, *Hist. Franc.*, I, 32-34. (GRIFFE, cit., pág. 81, notas 6-7.)

25. Es muy conocido el extraordinario tráfico de reliquias entre Oriente y Occidente, del que prescindimos aquí para fijar nuestra atención en ambos lados del Pirineo.—FÁBREGAS, A. Rdo. A.: *Pasionario Hispánico*, vol. I. Madrid-Barcelona, 1953; pág. 144 y ss.

26. SIGAL, L.: *Les premiers temps chrétiens à Narbonne*. Narbona, 1947. Volumen formado por dos separatas del autor publicadas en el Boletín de la Comisión Arqueológica de aquella ciudad.

27. DELEHAYE, P.: *Les origines du culte des martyrs*, pág. 347.—FÁBREGAS; cit., 92. San Vicente de Valencia, en relación con el de Zaragoza. (Agen.)

28. GRIFFE; cit., pág. 133 y ss.—GARCÍA Y VILLADA; cit., I, 1, pág. 180, nota 2.

concilio francés, si pensamos en la profunda fuerza y prestigio que en la Iglesia occidental de este momento tienen algunos prelados españoles, en especial Osio, obispo de Córdoba que asistió al concilio de Illiberis; que estuvo cerca de Constantino durante la celebración del de Arlés y que fué el alma del ecuménico de Nicea celebrado once años después del francés.

Desde este momento, y con las directrices que hemos señalado en nuestro breve esquema, se desarrollan plenamente las dos Iglesias, siempre con estos contactos relativos²⁹, pero manteniéndose ambas con sus formas litúrgicas, arqueológicas y sus preferencias. Es decir, sin que el Pirineo represente una separación, porque para el Cristianismo occidental no han existido, en nuestra cordillera se unen dos partes de la Iglesia del Occidente: la gálica y la hispánica.

Cuando aparecen en sus inicios y van desarrollándose los reinos franco y visigodo, la Iglesia, especialmente su autoridad ejercida en los territorios de los obispados, vive también este estado político, de tal manera que quedan dentro del reino visigodo todos los obispados de los territorios de la Septimania y de la Narbonensis que han quedado en poder de ellos después que, derrotados en la batalla de Vouillé por el franco Clovis en el año 507, han perdido su reino de Tolosa que, más tarde aparece en Toledo conservando sólo en Francia parte de la Narbonense. Es interesante ver la dependencia de todos los obispados del poder toledano en los discutidos textos de los "nomina s e d i u m" conocidos por la Hitación de Wamba³⁰.

A pesar de ello, no sabemos hasta qué punto fueron intensas las interferencias entre ambas Iglesias, puesto que los pocos restos arqueológicos que tenemos de los siglos VI y VII nos las muestran artísticamente bastante ajenas unas de otras.

El papel tutor que pudieron tener los obispados hispanovisigodos durante estos siglos, frente a los de Septimania y del occidente de la Narbonense, lo heredan los franceses en relación a los peninsulares durante la invasión musulmana, y es precisamente To-

29. Así, por ejemplo, en el Concilio de Zaragoza del 380 asistieron dos obispos franceses. (GRIFFE; pág. 257.)

30. VÁZQUEZ DE PARGA, L.: *La división de Wamba*. C. S. I. C. Madrid, 1943.

iosa que en el papel de metropolitana sucede y desempeña el cargo de Tarragona ocupada por los musulmanes.

Pero el análisis detallado de estos acontecimientos nos llevaría mucho más lejos de nuestros propósitos actuales.

* * *

Si del estudio de los textos pasamos al de los restos arqueológicos de nuestra historia paleocristiana, confirmaremos esta distinta inclinación de la Iglesia de Hispania hacia Africa y de las Galias hacia Roma. No queremos extendernos sobre las basílicas y sus elementos africanos, que en una etapa inicial a través de Baleares, llegan cerca del Pirineo; y directamente en etapa un poco más avanzada se extienden por la Bética (aunque de estos últimos tengamos tan escasos hallazgos). Hemos tratado muy recientemente de ello, en extenso, en otra parte³¹. El hecho de que la noticia histórica del sacrificio de San Félix, el africano, en Gerona y su paso por Ampurias, y la existencia de una basílica cementerial en esta ciudad de planta claramente africana, creemos que es prueba fehaciente de que fuentes históricas y restos arqueológicos demuestran un solo hecho. La realidad es que todas nuestras basílicas son de planta africana, con ábside entre *diaconicum* y *prothesis*, cerrados por el exterior en línea recta, y pilas bautismales de planta cruciforme o lobulada raramente poligonal (en Egara) como los ejemplos de Africa y de Siria que citamos en nuestro estudio.

Es interesante la evolución hacia Occidente del grupo de construcciones de planta central de origen oriental. Según Grabar³², los baptisterios, típico grupo de edificios de planta central, habrían dado lugar en el Africa del Norte a piscinas cruciformes, adaptando a la piscina la forma completa del edificio (por ejemplo el de San Juan de Efeso), mientras que Italia y las Galias habrían adoptado y desarrollado la forma externa poligonal o lobulada. Esta diferencia se observa en las piscinas bautismales hispánicas de ori-

31. PALOL: *Tarraco hispanovisigoda*; obra cit.

32. En dos conferencias pronunciadas en el VI Curso de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona, en septiembre de 1952.—Del mismo autor: *Martyrium. Recherches sur le culte des reliques et l'art chrétien antique*, 2 vols. París, 1946.

gen africano, polilobuladas o cruciformes y los baptisterios gálicos de piscinas y edificios poligonales³³ evidentemente emparentados con las construcciones italianas cuyo tipo-modelo fué el de Laterano en Roma.

Entre los elementos africanos hispánicos hay que citar las laudas sepulcrales de mosaico, completamente desconocidas en la otra pendiente pirenaica y que se hallan tan cerca de los pasos del Pirineo, como hemos dicho.

A pesar de este africanismo constante de nuestros elementos arqueológicos paleocristianos, algunas de las piezas litúrgicas de nuestras basílicas nos hablan de una evidente relación a través del Pirineo. Nos referimos concretamente a las aras del altar paleocristianas de forma rectangular, que se hallan en la vertiente hispánica y que aparecen en todo el mediodía francés. Las conocemos, ricamente ornamentadas, en Marsella³⁴ y otros lugares, y lisas completamente, pero con el mismo perfil de moldura, las tenemos en Rosas³⁵, Ampurias, Tarrasa y San Pedro de Caserras. Es una forma universal, pero la constante aparición junto al Pirineo nos hace pensar en que sus modelos más cercanos sean los de Mailhac³⁶ y de Marsella.

En una época mucho más tardía aparece en toda la zona geográfica que vive en ambos lados del Pirineo un grupo de aras de altar con decoración de arcos³⁷, ejemplares que se reparten desde la zona de la provincia de Gerona hasta Cluny. El origen de estas aras, ha sido demostrado recientemente por LASSUS³⁸, está en Siria, y las formas de arcos serían el recuerdo de los trece platos del ágape litúrgico de las aras paleocristianas siriacas. Esta decoración va unida a la forma semicircular de la mesa de altar, lo que Lassus y el propio Strzygowski llaman aras en "sigma". De ellas no cono-

33. P. e., en Frejus, Marsella, Albenga, Ventimiglia, etc.

34. "Autel", en *Dictionnaire*, de CABROL-LECREQ. (V. también *Marseille* en la misma obra.)

35. PALOL, P. de: *Una lápida medieval de Santa María de Rosas*; *Analecta Sacra Tarraconensia*, XIX, 1946, pág. 273 y ss.

36. Inédita y cuyas referencias y fotografía agradecemos a Mlle. O. TAFFANEL.

37. DESCHAMPS, P.: *Tables d'autel de marbre exécutées dans le Midi de la France au X et au XI siècles*. (Mélanges d'Histoire du Moyen Age. M. Ferdinand Lot.) París, 1925. página 137 y ss.

38. LASSUS, J. *Remarques sur l'adoption en Syrie de la forme basilicale pour les églises chrétiennes*, *Atti del IV Congreso de Archeología Cristiana*. Roma, 1940. Pág. 354.

ceмос ningún ejemplar de época paleocristiana en Francia. Por el contrario, hay uno bellissimo en Rubí, provincia de Barcelona³⁹, con inscripción métrica, pero sin los arcos. No queremos pensar en que estas piezas de talleres franceses del siglo X y XI se hayan originado a partir de prototipos paleocristianos siriacos llegados desde España. La pieza de Rubí, o al menos sus modelos, puede haber llegado a la Península perfectamente a través del norte de Africa, ya que el camino está jalonado de hallazgos, especialmente en el valle del Nilo. Pero también conocemos una expansión balcánica de esta forma, y del ara completamente circular como la francesa de Saint Étienne en Besançon, en los fragmentos paleocristianos hallados en Salona⁴⁰. Por otra parte, en el siglo XI existe una perduración de estas mismas formas entre los objetos de los monasterios del Monte Athos, pero con función nuevamente profana, es decir de mesas de refectorio. Recientemente las hemos visto en la sala comedor del monasterio del Vatopedíou, fundado en el siglo XI por San Sergio el servio.

* * *

Además de los hallazgos arqueológicos de origen africano en la Península Ibérica, las primitivas comunidades cristianas comerciaban con Roma y con el Mediodía de las Galias, especialmente con Arlés⁴¹. En otra parte hemos hablado de la confluencia en la Tarraconense de dos corrientes distintas: la mauritánica y la romana⁴², siempre con un notable desequilibrio en favor de la primera de ellas. De Roma tenemos muchísimos elementos en nuestra arqueología paleocristiana. Quizá el más característico de ellos sea el rico conjunto de sarcófagos esculpturados de los que tan bella

39. VIVES, J.: *Un nuevo altar romano cristiano en la Tarraconense*. Analecta Bolandiana, LXVII. Mélanges Paul Peters. I. Bruselas, 1949. Pág. 401.—PALOL: *Tarraco hispanovisigoda*. Ob. cit., pág. 33.—PALOL: *A propósito del baptisterio de la basílica de Tebessa y los altares paleocristianos circulares*. Ampurias, XVII.

40. DYGGVE, E.: *History of Salonitan Christianity*. Oslo, 1951. Fig. V, 30, 31.

41. La importancia de la escuela de Arlés viene atestiguada por la existencia del potente centro de escultura estudiado en las obras clásicas de LE BLANT, E.: *Étude sur les sarcophages chrétiens de la ville d'Arlés*. París, 1878. Importante y variada serie de artículos sobre el mismo tema, de F. BENOIT y su reciente obra *Sarcophages paléochrétiens d'Arlés et de Marseille*. Supp. a Gallia. París, 1954.—Por lo que se refiere al comercio, ver la obra de SALIN, E., *La civilisation mérovingienne*, citada.

42. PALOL: *Tarraco hispanovisigoda*. Ob. cit.

serie poseemos en España. Hasta el momento presente debemos considerarlos procedentes de talleres de Roma o de Italia, pues sabemos poco de la existencia de estos centros de fabricación en el norte de Africa, aunque evidentemente debieron existir; pero Roma siguió con la gran tradición escultórica de los siglos II y III, y fué centro exportador principalísimo de sus productos hacia el occidente del Mediterráneo. El mapa de dispersión de estas piezas en la Península⁴³ hace pensar que nuevamente los pasos pirenaicos poco papel debieron de representar en el comercio de estas pesadas piezas, cuya misma naturaleza fué más idónea para el comercio marítimo. Así, un núcleo norte-oriental en la Tarraconense y un conjunto en la Bética y Lusitania habrían seguido el mismo camino de penetración hacia el interior de la meseta que la propia Doctrina en su primer viaje hacia España.

* * *

Desgraciadamente, tenemos muy pocos restos arqueológicos de las construcciones francesas de los primeros siglos del Cristianismo. Muy recientemente, J. HUBERT⁴⁴ ha reunido en una publicación utilísima todas las plantas de los edificios religiosos: iglesias, catedrales, baptisterios y monumentos funerarios de Francia durante todo el primer milenio. Son muy pocos los edificios que con seguridad puedan fecharse antes del siglo VII.

Con ello observamos dos hechos que interesa destacar: en primer lugar, la existencia de un grupo de baptisterios de planta y piscina poligonales, cuyo ejemplar mejor conservado, conocido y estudiado es el de Frejus, idéntico o muy parecido al de Albenga, en la Liguria⁴⁵, evidentemente relacionados con construcciones de

43. PALOL: *Arqueología paleocristiana e hispanovisigoda*. Monografía editada para el Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Madrid, abril de 1954.

44. HUBERT, J.: *L'architecture religieuse du Haut Moyen Age en France*. París, 1952 (École pratique des Hautes Études).—Idem: *L'art Pré-roman*. París, 1938.

45. G. DE ANGELIS D'OSSAT: *L'importanza architettonica del Battistero di Frejus*. Bull. della Com. Arch. Comunale di Roma e del Museo dell'Impero Romano. Vol. IV. Roma, 1936.—Idem: *I battistero di Albenga e di Ventimiglia*. Boll. della R. Deputazione di Storia Patria, Sez. Ingauna e Intemelia II 1936.—FORMIGÉ, J.: *Remarques diverses sur les Baptistères de la Provence*. Mélanges Fr. Martroye. París, 1945.—ROLAND, H.: *Le Baptistère de Saint Rémy-de-Provence*. Gallia, I. 1943. Fasc. 2. París, 1944. Pág. 207 y ss.—VERZONE, P.: *L'arte preromanica in Liguria*. Torino, 1945.—KINGSLEY PORTER, A.: *Lombard Architecture*, I. Pág. 145 y ss.—MALE: Ob. cit., pág. 222 y ss.

Italia y distintos de los africanos y de los españoles (estos últimos —excepto Egara— sin edificio propio). Y el segundo hecho es la falta de plantas basilicales con disposición absidial típica de los grupos de la Tarraconense, de Baleares y del Africa Romana. MALE cita, de todas maneras, la catedral de Vaison, con ábside central rectangular por el exterior y S. Pierre de Vienne con prothesis y diaconicum, relacionándolas directamente con Siria y Palestina ⁴⁶.

La falta de hallazgos en suelo francés no permite demasiado apurar este tipo de análisis, aunque las noticias literarias sean ricas y abundantes. En realidad, la escasez que señalamos puede obedecer a dos hechos fundamentales: o bien a la pobreza y poca fuerza de su primitivo cristianismo, que no sufrió las terribles persecuciones de las que fué víctima el hispánico y que, por el contrario, se tradujeron en la destrucción de algunos edificios cristianos, o bien a la persistencia continuada del culto en un mismo lugar a través de los siglos, lo cual hace totalmente imposible el estudio de las primitivas basílicas, desaparecidas al renovarse la construcción, ya sea después de una etapa de luchas y destrucciones, como toda la larga serie de saqueos durante las incursiones normandas, ya sea simplemente para cambiar o modificar los edificios adaptándolos a las necesidades del culto que los nuevos tiempos creaban.

A pesar de todos estos serios inconvenientes, creemos firmemente que puede pensarse en las directrices que hemos señalado para la filiación del arte paleocristiano francés.

Por el contrario, es rico el arte de la escultura. Hemos hablado de los talleres de Arlés de los siglos iv y v. Este florecer extraordinario podrá hacer posible la existencia y aparición de los estilos tardíos más o menos locales en Marsella, Narbona, Tolosa, etc., con el conjunto de los famosos sarcófagos esculptados de la llamada "escuela aquitana", de los que hablaremos más adelante.

Así, pues, el Cristianismo francés aparece, desde el punto de vista arqueológico y a juzgar por los restos conservados, enteramente unido a Roma, sin que ello quiera decir que no exista ninguna relación con la riqueza natural y con los productos del Africa cristiana, especialmente de la región tunecina, y que existan con-

46. MALE: Ob. cit., pág. 157 y 159.

tactos evidentes y directos con Oriente. No queremos insistir en la importancia del comercio Mediterráneo occidental durante toda esta oscura etapa histórica⁴⁷; nuestro propósito ha sido únicamente contraponer el Cristianismo gálico al hispano, explicándonos sus diferencias de origen inmediato y de su desarrollo con mutuas influencias. Pero no podemos pretender que nuestras afirmaciones sean rigurosas y absolutas, sino al contrario. Así, por ejemplo, de entre los muchísimos productos francos de los primeros siglos del Cristianismo hasta los siglos VI o VII, destacan las cerámicas con decoración estampada o impresa, que nosotros sistematizamos por primera vez⁴⁸ sin plantearnos un estudio exhaustivo que estamos preparando. Este estilo cerámico derivado de la llamada "sigillata clara" tiene alfares conocidos únicamente en el Africa del Norte⁴⁹, donde son más ricos los temas decorativos y la variedad de ornamentaciones figuradas. Esta cerámica, cuyo campo de dispersión es inmenso, tiene sus estilos peculiares en el occidente del Mediterráneo. Del Africa cristiana pasó a la Península Ibérica y también al mediodía de Francia, no sabemos si directamente o a través de Hispania, pues hay un núcleo de hallazgos muy importante realizado en Narbona. Aunque la existencia de cerámica, con toda seguridad de fabricación africana en la propia Roma, nos hace interpretar el fenómeno de la dispersión, de la misma manera que se realizó con la "terra sigillata" desde los centros aretinos y gálicos para todo el Imperio, talleres que estarían ahora suplidos por los del norte de Africa. En el mediodía francés, en los talleres de los alrededores de Marsella, en Arlés o en Narbona, se modifica el tipo de fabricación, apareciendo el color gris por cocción reductora en lugar del rojo de la "terra sigillata", de cocción oxidante, de las fábricas africanas.

Así, pues, es posible que se fabriquen aquí, por influencia africana y quizá a través de Hispania, estas formas tardorromanas de

47. Ver, p. e., los datos recogidos en la obra de SALIN, citada.

48. PALOL: *La cerámica estampada romanocristiana*. Crónica del IV Congreso de Arqueología del SE. Elche, 1948. Cartagena, 1949.—Idem: *La cerámica estampada paleocristiana*. Comunicación al I Congreso Arqueológico del Marruecos Español. Tetuán, 1953. En prensa.

49. GAUCKLER, R.: *Le domaine des Laberti à Uthina*. Monuments Piot, III París, 1896. Página 215.

cerámica, con la transformación en tonos grises que acaso podríamos pensar fueran una última persistencia de las técnicas de fabricación masaliota patente en las imitaciones de la llamada cerámica gris del Asia Menor⁵⁰. Fué fabricada por Marsella desde el siglo VI a. de J. C. con características propias de pastas y colores, que desde época clásica griega vemos seguir en sus alfares y en los de sus colonias hermanas e hijas a través del helenismo y de todo el tiempo de la denominación romana.

Los Pirineos, durante las grandes invasiones de los siglos V y VI

En el aspecto arqueológico, la etapa histórica que comprende desde las primeras invasiones de pueblos germánicos hacia la Península, hasta la caída del reino de Toledo en el año 711, es una continuidad de la diversidad artística que hemos señalado a lo largo de los primeros siglos de introducción del Cristianismo en el occidente del Mediterráneo. En otros lugares⁵¹ hemos hablado de las diferencias que existen entre el arte de los pueblos invasores y el de los romanos, que los primeros hallan en los países que ocupan. Por tanto, si son distintas las manifestaciones arqueológicas de la región pirenaica francesa, inspiradas por Roma, y las de la región hispánica cortadas con patrón africano, es evidente que los estilos arquitectónicos y escultóricos de ambas vertientes sean también distintos durante los años de dominio visigodo. Por el contrario, donde se asentó este grupo de germánicos dejaron sus productos de arte menor, de ajuar personal, que responden a un arte uniforme en ambas laderas pirenaicas. Hemos definido en otras partes la esencia del arte arquitectónico, escultórico y raramente figurado llamado visigodo, y que sólo tiene de tal el hecho de desarrollarse dentro del poder político de estos germanos. Si este

50. JACOBSTAL-NEUFFER: *Gallia Graeca*. Préhistoire II, 1. París, 1933.—ALMAGRO, M.: Cerámica griega de los siglos VI y V a. de J. C. en Ampurias. *Rivista di Studi Liguri*, XV, 1949. Bordighera.—ROLAND, H.: *Fouilles de Saint Blaise*. Ob. cit. (v. nota 17).

51. PALOL: *Romanocristianos y visigodos. Ensayo de síntesis históricoarqueológica*. Ampurias, XIII. Barcelona, 1950. Pág. 239 y ss.—Idem: *Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo*, I. Ob. cit. (v. nota 30).

fenómeno aparece en la Península y es muy claro de diferenciar, se da por igual en la región de la Galia visigoda.

Es muy escasa la bibliografía y los estudios que de este momento tenemos para los restos arqueológicos hallados en el norte de los Pirineos. Es interesante el primer esfuerzo realizado por PERKINS⁵² al intentar agrupar toda la escultura de la Francia ocupada por los visigodos. Le ha seguido en el tiempo la obra de otros investigadores, principalmente de Jean HUBERT, en dos libros fundamentales⁵³ y en infinidad de otros trabajos. Es, después, Mlle. FOSSARD⁵⁴ quien se interesa por los capiteles franceses de este momento; recientemente, desde Perpiñán, M. DURLIAT se preocupa de las estelas de época visigoda. Nosotros mismos hemos estudiado algunas de las piezas típicamente hispanovisigodas de la Narbonense⁵⁵, etc. Además, los estilos de escultura llamada Aquitana —con especial mención de sus típicos sarcófagos, cuyos talleres tienen un pleno desarrollo en tiempos de los visigodos— son objeto en estos momentos de estudios monográficos por parte de franceses y alemanes⁵⁶, de cuyo resultado es avance el estudio citado de FOSSARD. Así, pues, estamos en un momento de estudio y busca de los elementos que informaron el arte del mediodía de Francia, en especial como raíz del arte románico. Pero si por el momento no tenemos todavía estudios completos y exhaustivos de este tema, al menos podemos afirmar que ninguno o escaso parecido puede presentar con el arte hispanovisigodo contemporáneo. Aunque ambos se desarrollen dentro de un mismo poder político siguiendo unas modas en cierta manera universales, con el valor que esta palabra puede tener en este momento cronológico —que se manifiesta en la aparición de lo que F. GERKE llama el “estilo tardío” en la escultura de los talleres de Tarragona, Arlés, Tolosa, Marsella, etc.—, el origen del

52. PERKINS, O. W.: *The sculpture of visigothic France*. Archaeologia, vol. 87, Oxford, 1937.

53. HUBERT, J.: Ob. cit., nota 71.

54. FOSSARD, D.: *Les chapiteaux de marbre du VIII^e siècle en Gaule. Style et évolution*. Cahiers Archéologiques, fin de l'antiquité et M. A. II. París, 1947.

55. PALOL: *Escultura de época hispanovisigoda en Gerona*. Analecta Sacra Tarracoenensia, XXIII. Barcelona, 1950. Pág. 13 y ss.—Idem: *Tarraco hispanovisigoda*. Ob. citada.—DURLIAT, M.: *Un groupe de sculptures visigothiques à Narbonne*. Études Mérovingiennes. Actes des Journées de Poitiers. París, 1953. Pág. 93 y ss.

56. FOSSARD, D.: *Répartition des sarcophages mérovingiens à décor en France*. Études Mérovingiennes; cit. Pág. 117 y ss.

arte visigodo francés es distinto del origen del arte hispanovisigodo. Repetimos que sus antepasados divergían entre Roma y Cartago respectivamente, aparte de otras ricas y variadas influencias bizantinas occidentales y orientales. Por tanto, no debe extrañarnos esta diversidad.

Un estudio comparativo completo exigiría un verdadero volumen. Quizá algún día intentemos realizarlo con todo detalle; de momento nos basta en constatar este hecho que además tiene otra importancia histórica mayor: el poder negar de una manera segura que los visigodos, pueblo nómada hasta establecerse en Tolosa y en Toledo, llevaron consigo, a través de todas sus correrías por la costa norte del Mediterráneo desde el mar Negro hasta España, otro arte que el puramente mobiliario⁵⁷; y que la arquitectura y la escultura que se desarrollaron en los territorios por ellos dominados fué pura y simplemente una continuación de las mismas artes en tiempos paleocristianos. De haber ocurrido lo contrario, es muy posible que el más antiguo arte hispanovisigodo, que aparece precisamente en Andalucía, se pareciera de una manera completa y tuviera sus antecedentes, en especial en Tolosa y en general en el mediodía de las Galias, y que de allí hubiera llegado, con la corte, a Toledo, donde se desarrolló esplendoroso un estilo decorativo muy propio. Por el contrario, las artes menores de ajuar personal, de las que hablaremos inmediatamente, son las mismas para ambas laderas pirenaicas durante los siglos que van desde la invasión visigoda hasta la musulmana.

Sentadas estas premisas, es interesante conocer hasta qué punto los dos estilos de las artes mayores (arquitectura y escultura) de ambas laderas pirenaicas se interfieren en esta época. Si el reino visigodo con dos capitales, primero en Tolosa y después en Toledo, ha visto nacer, independientemente de su desarrollo político, dos manifestaciones artísticas distintas, cómo se han comportado ambas entre sí.

El primer monarca que se establece en Toledo fué Atanagildo Leovigildo, con ánimo de crearse un verdadero reino y con el sentimiento de independencia espiritual de la que habían carecido

57. SCHLUNK, H.: *Relaciones entre la Península Ibérica y Bizancio*. Archivo Español de Arqueología, XVIII. Madrid, 1945. Pág. 131, nota 4.

todos sus antecesores, prepara la unidad de Recaredo que, al incorporar al Estado visigodo el elemento romanocristiano, unifica también el arte con la aportación que esta última población hace de su arquitectura y de su escultura decorativa. Los estilos hispanovisigodos ya plenamente nacionales y romances se desarrollan esplendorosos desde Toledo y Mérida, especialmente al ser estas dos ciudades los principales centros políticos y religiosos del primer Estado español de la Historia a partir de finales del siglo vi. Desde el centro de la Península, la dispersión radial hacia la periferia es completa, y además llega a cruzar los Pirineos por la región oriental de los mismos⁵⁸. La Narbonense sabemos que formó parte del reino visigodo hasta el último momento, y debió de ser parte integrante de la misma importancia que la propia actual Cataluña; incluso, como veremos inmediatamente al tratar de las artes menores, hay que pensar si fué más intensa la dominación y la visigotización de esta región norte del Pirineo que en el Sur. El hecho concreto es que los únicos estilos arquitectónicos decorativos —ya que no hay restos de edificaciones— que hemos podido estudiar de la zona nordeste de la Tarraconense pertenecen todos a esta etapa de unificación centralizada y de dispersión radial emérito-toledana, a cuyas formas y estilos responden los poquísimos fragmentos que tenemos de escultura hispanovisigoda en la Narbonense.

En un momento hemos pensado hasta qué punto sería lícito creer en la existencia de un taller de escultura que, siguiendo las modas de la corte centropeninsular, tallara los motivos destinados a las iglesias y edificios de ambas vertientes pirenaicas. De la misma manera como existieron talleres, en los siglos xi y xii, que surtieron el mercado de ambas regiones⁵⁹. De momento tenemos muy pocos restos que nos permitan pensar en este centro de producción que, de existir, debió trabajar muchísimo más de lo que el reducido número de ejemplares descubiertos nos hace suponer. En nuestro estudio de la escultura tarraconense de estilo toledano-

58. Ver, además de las obras citadas en la nota 55: HOLMQUIST, W.: *Kunstprobleme der Merowingerzeit*. Estocolmo, 1939. Pág. 220.—RADEMACHER, F.: *Frühkarolingische Grabsteine im Landmuseum zu Bonn*. Bonner Jahrbücher. CXLIII, IV. 1938-39. Pág. 265 y ss.

59. Además de la obra clásica de PUIG Y CADAFALCH, FOLGUERA Y GODAY: *L'arquitectura románica a Catalunya*, ver los recientes trabajos de DURLIAT, M.: *La sculpture romane en Roussillon*. 3 fascículos. Perpignán, 1948-49.

emeritense citado hemos apuntado la posibilidad de la existencia de un centro de aquella ciudad que, en cierta manera, habría dado continuidad a la tradición escultórica de los tarraconenses cuya muestra más importante del Bajo Imperio, inmediatamente anterior a la época de las invasiones, son los sarcófagos paleocristianos de la necrópolis del Francolí. La realidad de esta suposición nos parece fuera de toda duda, ya que los estilos tarraconenses tienen personalidad propia dentro de la moda oficial. Son distintos a los temas desarrollados principalmente en Barcelona, y de los que son muestra un fragmento bastante grande de una magnífica cancela de altar con flores de círculos entrecruzados, tema primordial en Gerona y en la Narbonense.

Así, pues, no tenemos bastantes elementos para juzgar de la existencia de un comercio de escultura decorativa labrada entre las dos regiones pirenaicas que nos ocupan. Es muy posible que, lo mismo que para cierto tipo de broches de cinturón, tengamos que pensar en la existencia de pequeños talleres locales en ambas vertientes para explicarnos a la vez la semejanza y la diversidad de estilos dentro de la moda oficial.

Si hacemos el estudio a la inversa e intentamos reunir todos los fragmentos de arte francés al sur del Pirineo oriental, tendremos que contentarnos con la existencia de dos minúsculos fragmentos de frentes de sarcófagos aquitanos hallados en las ruinas de la ciudad de Ampurias. Uno de ellos, actualmente perdido, consistía en la parte central del frente con un campo de estrígilas en ambos lados y con el crismón constantiniano dentro de corona de laurel en el centro. Repetidamente publicado su dibujo⁶⁰, hemos comprobado paralelismos extraordinarios en el Museo Lapidario de Narbona y los conocemos corrientemente en todo el ámbito geográfico de esta escultura en el mediodía y el occidente de Francia. El segundo fragmento, más pobre, inédito, lo tenemos en estudio juntamente con el Prof. ALMAGRO, así como todos los restos de la ciudad de Ampurias en época cristiano-visigoda.

Vemos, pues, que si los ejemplares de estilos hispánicos en las

60. PELLA Y FORGAS, J.: *Historia del Ampurdán*. Barcelona, 1883. Pág. 275.—BOTET Y SISÓ, J.: *Noticia histórica y arqueológica de la antigua ciudad de Emporion*. Madrid, 1879. Pág. 122.

Galias son contadísimos, menos son todavía los franceses en nuestro suelo.

De todos estos datos, sumando a las noticias históricas las aportadas por la arqueología, no creemos que pueda pensarse en la existencia de un comercio regular a través del Pirineo, comercio que habría atravesado la cordillera siguiendo los mismos collados y pasos que se utilizan durante las invasiones célticas y que acogen el trazado de las vías romanas. Por el contrario, las zonas de mayor influencia siguen siendo los puertos, lo cual nos demuestra, igual que para Francia, que los orientales en cuyas manos estaba casi por entero el monopolio del comercio eran navegantes que preferían el riesgo de los vientos y del mar, que la inseguridad y el pillaje de los caminos abruptos. La legislación hispanovisigoda, cuando dicta leyes regulando la actividad de estas gentes, los llama "*negotiatorii transmarini*" siempre, o bien "*navigatori*", cuya importancia en la balanza económica hispánica⁶¹ debió de ser fundamental, de la misma manera que lo fué en las Galias.

Desde los puntos de la costa donde llegaban los "*navigatorii*", la red romana de carreteras sirvió para conducir los productos hasta las ciudades del centro de la meseta castellana, pero este aspecto del comercio no nos interesa en este preciso lugar, donde sólo tratamos de explicarnos el papel del Pirineo en todo este revuelto mundo hispanovisigodo.

Las artes menores germánicas

Si durante la dominación visigoda el desarrollo de la arquitectura y sus artes complementarias estuvo en manos de la población paleocristiana en ambas vertientes pirenaicas, lo cual explica sus diferencias como hemos visto, en las necrópolis hallamos restos

61. La presencia, durante los siglos VI y VII, de ponderales bizantinos en España, para controlar el peso de la moneda oro y de su uso, por tanto, comercial. El argumento demuestra este hecho, la existencia de orientales o bizantinos en toda la costa dedicados al comercio, incluso en la zona no ocupada por los ejércitos de Justiniano.—V. PALOL; *Ponderales y exagia romanobizantinos en España*. Ampurias, XI, Barcelona, 1949. Pág. 127 y ss.

de las artes industriales de los visigodos, de espíritu completamente distinto y de formas particularmente germánicas. Estos objetos son los mismos entre los visigodos del sur de Francia y los del NE. de la Tarraconense. Los primeros influidos ya desde un principio por las formas derivadas de los broncees burgundios y francos merovingios ⁶².

Históricamente los visigodos utilizan los pasos orientales del Pirineo de tal manera que su actuación en el Midi francés, primero desde el reino de Tolosa hundido en Vouillé y finalmente con su permanencia en la Narbonense mediterránea, fué mucho más llena de vitalidad que su estancia en la región del sur del Pirineo oriental. En esta región vivió y, sin renovación posible de sus propios elementos, fué decayendo la población hispanorromana. Nuestro inventario completo de los broches de cinturón y fibulas visigodos hallados en Cataluña ⁶³ nos da una densidad de población germánica escasísima para esta región. Por el contrario, los estudios de BARRIÈRE-FLAVY ⁶⁴, los de ZEISS ⁶⁵, de LANTIER ⁶⁶, de SALIN ⁶⁷ y los nuestros propios ⁶⁸, nos muestran mucho más densa la población visigoda en el mediodía de las Galias.

A pesar de ello, SALIN observa que en las 114 necrópolis visigodas del sur de Francia inventariadas y estudiados sus materiales por BARRIÈRE-FLAVY, los ajuares funerarios son muy pobres, apareciendo escasos en número los broncees típicamente visigodos, de manera que hay que atribuir esta necrópolis a la población galorromana dominada políticamente por los visigodos.

62. SALIN: Ob. cit. Vol. I, págs. 393 y 397. Necrópolis de las Galias.

63. PALOL: *Fibulas y broches de cinturón de época visigoda en Cataluña*. Archivo Español de Arqueología, núm. 78, Madrid, 1950. Pág. 28 y ss.

64. BARRIÈRE-FLAVY, M. C.: *Étude sur les sépultures barbares du Midi et de l'Ouest de la France*. París, 1893.—*Les arts industriels des peuples barbares de la Gaule du V.me au VIII.me siècle*. 3 vols. París, 1901.

65. ZEISS, H.: *Grabfunde aus dem Spanischem Westgotenreich*. Berlín-Leipzig, 1934.

66. LANTIER, R.: *Le cimetière visigothique d'Estagel (Pyrénées Orientales)*. Fouilles en 1946, 1947, 1948. Gallia, VII. 1949. Fasc. I. Pág. 55 y ss., con bibliografía anterior completa. París, 1950.—Idem: *Algunos aspectos nuevos de la historia y la arqueología del período de las grandes invasiones en las Gallias*. Ampurias, XIV. Barcelona, 1952. Pág. 218 y ss.

67. SALIN; Ob. cit.

68. PALOL: *Nuevos broncees visigodos en el sur de Francia*. Crónica del VI Congreso Arqueológico del SE. Español, Alcoy, 1950. Cartagena, 1951. Pág. 248 y ss.

En realidad conocemos pocos cementerios excavados con el cuidado y método del de Estagel⁶⁹, en el sur de Francia, pero el número de piezas de bronce visigodas de los siglos VI y VII en toda esta zona es mucho mayor que los de la actual Cataluña. Aparecen en Francia los tipos visigodos del siglo VI caracterizados por los broches de cinturón de placa rectangular con almandines y las fíbulas de arco, cuyas semejanzas completas con las piezas de las necrópolis de la meseta castellana hemos señalado en otra parte⁷⁰. Habría que estudiar comparativamente las piezas francesas y las castellanas para conocer de qué talleres pudieron salir las primeras, lo cual, dada la presencia de centros de fabricación en la región de la meseta, al norte del Tajo, podría hablarnos de comercio a través del Pirineo entre los dos grupos visigodos que esta sierra separa y sirviendo ambos a un mismo poder político. Pero creemos que también en la Narbonense pudieron existir centros artesanos, reducidos, para suministrar a los visigodos sus ajuares personales.

Durante el siglo VII, con la aparición de broches liriformes de origen clarísimo bizantino (no sabemos qué papel pudo jugar Alejandría en la fabricación de los modelos orientales en oro copiados después en el Occidente⁷¹) ha podido hablarse desde ZEISS de la existencia de un taller o grupo de talleres orientales dentro del reino hispanovisigodo, centros que deberían hallarse en la Narbonense, quizá en la propia ciudad. Nuestros hallazgos de bronce visigodos en Puig Rom, Rosas, al pie del cabo de Creus, cerca de los pasos más orientales del Pirineo, sólo tienen claros paralelismos en piezas de la Narbonense⁷² y en el oriente del Mediterráneo. Este hecho nos ha venido a confirmar las suposiciones de ZEISS.

A pesar de las pequeñas diferencias artísticas entre los broncees hispanovisigodos del levante del reino y los del corazón de la meseta castellana, todos ellos tienen una misma forma general y responden a una idéntica idea decorativa. De manera que poca diferencia existiría entre el broche del cinturón que llevaba el rey toledano

69. V. nota 66.

70. V. nota 68.

71. WERNER, J.: *Hallazgos de origen bizantino en España*. Cuadernos de Historia Primitiva del Hombre. III. Madrid, 1948. Pág. 107 y ss.

72. PALOL: *Fíbulas y broches*. Ob. cit.

Wamba en Nimes cuando venció al dux Paulus de Septimania, y el que éste le entregó en señal de sumisión ⁷³.

* * *

La invasión musulmana y la reacción cristiana pusieron fin a este estado de cosas inaugurando una nueva fase histórica, con sus reinos románicos, raíz directa de nuestra Europa moderna, cuyos principios etnográficos, lingüísticos, jurídicos, religiosos y culturales se han asentado a lo largo de la etapa que a gran velocidad acabamos de analizar.

73. VITA WAMBA: *Juliano Episcopo Toletum.*